

NO HAS MUERTO SEMBRADOR

i No has muerto, sembrador!
ya la simiente
que con cariño cultivó tu mano,
nos muestra con el oro de la espiga
rica cosecha en el maduro grano.

iNo has muerto, sembrador!
allí tu sombra
en el surco moreno de la escuela,
tu bello ejemplo y tu grandeza nombra,
y nuestro afán que tu prestigio anhela
cultiva con cariño tu parcela.

iNo has muerto, sembrador!
tu voz predica
entre nosotros con amor la ciencia
y nosotros atentos la escuchamos
porque con tono cariñoso indica
recto camino que con gusto andamos.

¡No has muerto, sembrador!
allí tus manos
que inquietamente bullen y se agitan,
nosotros con cariño las miramos
porque en sus giros
el camino indican...

¡Sembrador de simientes luminosas
en el campo sagrado de la idea
no has muerto!... no,
tu vida milagrosa
eterno ejemplo de virtudes
sea.

CAMINO DE LA ESPERANZA

Hay en la tierra un sendero:
Camino de la Esperanza,
dicen que no tiene fin
esa vereda tan larga.

¡Vereda tenía que ser
para perderse en la nada!...

Está sembrada de espinas
que se clavan en el alma,
y no hay lugar al descanso
en tan penosa jornada.

¡De espinas tenía que ser,
Camino de la Esperanza!...

No hay un árbol que cobije
del caminante la espalda,
ni un mal tronco, ni una piedra,
ni un barranco, ni una falda.

¡Tan hosco tenía que ser,
Camino de la Esperanza!...

Hay que emprender con valor
la doliente caminata,
sólo el amor y la fe
pueden salvar la distancia.

¡Amor y fe habían de ser,
Camino de la Esperanza!...

Medio perdido en el polvo
que con su paso levanta,
se ve a lo lejos a un hombre
con la vereda a la espalda.

¡Un hombre tenía que ser,
Camino de la Esperanza!...

Lleva un libro bajo el brazo,
brújula en turbia borrasca,
su faz es alegre y quieta,
justo retrato de su alma.

¡Un libro tenía que ser,
Camino de la Esperanza!...

Es un maestro de escuela
quien por la vereda canta,
los pájaros le saludan
y hasta la tierra se ablanda.

¡Maestro tenía que ser,
Camino de la Esperanza!...

A su paso, en el sendero
encinas y cedros planta,
esperando que una sombra
detrás de su sombra salga.

¡Ramas y nidos y sombras,
Camino de la Esperanza!...

Es bello y corto el sendero,
la vereda ya no es larga,
y hay una alfombra de flores
para el viajero que pasa.

¡De flores tenía que ser,
Camino de la Esperanza!...

Sólo el maestro, el vidente
que las encinas sembrara,
de su protección no goza
y a su sombra no descansa.

¡Maestro tenía que ser
para que no descansara!...

No se le vio regresar
por la vereda antes larga,
¡siguió de frente, sembrando
con el camino a la espalda,
una sonrisa en los labios
y una canción en el alma!

¡Es un maestro, un vidente,
quien no pierde la esperanza!...

PARENTESIS

Ofrenda lírica al Maestro D. Plinio
D. Ordóñez, con motivo de sus Bodas de
Oro profesionales.

Hagamos una pausa en medio del camino
al amor de esta sombra cariñosa y constante,
bien merece un reposo nuestro afán peregrino
que va hacia el horizonte de límite distante.

Verdad que hay muchos surcos sobre la tierra abiertos
y que hay en nuestras manos semillas impacientes,
mas quedan pocos robles de ramazón cubiertos
que nos brinden su sombra en días transparentes.

Verdad que nos espera gritando la fatiga
de una dura tarea de siembra inaplazable,
mas quedan pocos robles donde la sombra amiga
nos depare la gracia de una tregua inefable.

Las estrellas descansan en parajes azules
duerme el sol por las noches cuando vela la luna,
el río se detiene para besar los tules
centinelas alertas en la quieta laguna.

El mar huye a la playa en donde se recuesta
para besar la arena con sus labios de espuma,
el ceniztle enmudece en la callada siesta
y las nubes se aquietan convertidas en bruma.

Suelta el gañán la yunta que con paso cansino
recorrió el agro fértil tirando del arado,
y se acalla en el bosque de las aves el trino
que se vuelve silencio en el nido sagrado.

El crepitar del fuego descansa en la ceniza
y la brasa en el duro carbón ennegrecido,
en la trinchera a veces el fusil se humaniza
en una breve pausa cual odio contenido.

La golondrina errante en la curva del vuelo
a veces se detiene en el mástil amigo,
y es entonces descanso bajo el azul del cielo
ese viajar constante del invierno enemigo.

Y la vida..., la vida que de vivir se cansa
en la luz de la aurora, en la rosa, en la espiga,
a veces se detiene brevemente y descansa
hasta que al fin encuentra reposo a su fatiga.

Sólo tu paso sigue sobre el surco, maestro
donde la tierra es beso que acaricia tu planta,
en un constante anhelo de ver triunfar lo nuestro
que ante tus ojos crece, se yergue y se agiganta.

Sólo tu mano es signo perenne en la constancia
de arrojar las semillas en los surcos humanos,
y dormido trabajas soñando en la distancia
que separa a los hombres que quieren ser hermanos.

Bien merece una tregua la lucha y el empeño
que realizas, maestro, sin llantos y sin quejas,
para que al fin disfrutes como único dueño
de la miel que libaran laboriosas abejas.

El viento que trabaja sus cantos en las selvas
a veces se rebela y es tempestad que abate
a los robustos cedros y deja entre tinieblas
al mundo que no sabe resistir ese embate.

Y a veces llora el viento con un dolor profundo
escondido en las ramas que le sirven de cuna,
ese correr constante por las rutas del mundo
sin sol y sin estrellas y sin lampos de luna.

Llora el río en cascadas que al abismo despeña
en martirio constante de su carrera al mar,
llora en la lumbre el árbol que convertido en leña
va envolviendo en cenizas su copa secular.

Y el mar a veces llora desesperadamente
y es queja que musita llorando el caracol,
y en la curva del cielo azul y transparente
a veces llora fuego la patena del sol.

Sólo el maestro ríe sobre el surco moreno
y el trabajo hecho siembra sin quejas, sin dolor,
va cantando en espigas doradas el sereno
himno de la constancia, de la fe y del amor.

Por eso tú, maestro, que llevas en la frente
la curva que en el cielo traza la golondrina,
la luz de las estrellas, del sol el fuego ardiente
la sombra de los cedros y las recias encinas.

Tú que como los ríos te expandes en corrientes
de ciencia y luz que alumbran del pueblo el alma oscura,
como el mar y el cenzontle y la nube, detente
siquiera un breve instante sobre tu propia altura.

Medio siglo de brega que deja a gran distancia
juventud y entusiasmos que sólo ayer triunfaran,
medio siglo que mella altivez y arrogancia
de púgiles empeños que al mundo iluminaran.

Bien merecen, maestro, una pausa pequeña
para escuchar el himno en honor del que enseña;
que es el grito del pueblo que grato y justiciero
viene a poner, maestro, en tu pecho un lucero.

Y somos tus hermanos, los tuyos, verdaderos,
que bregamos con ansia por los mismos senderos,
sobre los mismos surcos, con la misma simiente
los que ahora ponemos un laurel en tu frente.

Y después de esta pausa en medio del camino
al amor de tu sombra cariñosa y constante,
reanudamos alegres nuestro afán peregrino
para decirte en coro: sembrador, adelante.

Mira que hay muchos surcos sobre la tierra abiertos
y hay en tus blancas manos semillas impacientes,
cuidemos a los robles de ramazón cubiertos
que nos brindan su sombra en días transparentes.

Escucha cómo grita temblando la fatiga
de una dura tarea de siembra inaplazable,
en tus manos maestro florecerá la espiga
por el dulce milagro de tu afán incansable.

Que no ha de oír el mundo de tus labios la queja
después de medio siglo de lucha y de victoria,
y en estas bodas de oro cantamos a tu reja:
adelante, maestro, que te espera la gloria.

OFRENDA

Con admiración y sincero cariño a la
Profesora Julita Garza Almaguer,
en el merecido homenaje que le tributan
los maestros y las alumnas de la Escuela
Femenil Pablo Livas, con motivo de la
ratificación de su nombramiento como
directora de dicho plantel.

Tu vida es toda una lección alucinante
nace entre las montañas como el roble y la encina,
se mece en un anhelo de límite distante
donde bulle una fuente de linfa cristalina.

Corre por la pradera y el huerto campesino
aspirando fragancias de corolas rurales,
se asoma muchas veces al soñado camino
donde sabe que nacen las auroras boreales.

Sus raíces se ahondan en el suelo nativo
pero sus ramazones en el claro del día,
aferradas al tronco en un afán ortivo
extienden sus miradas hacia la lejanía.

Y ramas y raíces en el sublime intento
de extenderse en anhelos de luz y de horizonte,
conviértanse en el árbol tupido y corpulento
que da su sombra al nido y su canción al monte.

SIGLO DE ORO POEMA EN TRES CANTOS

Conmemorativo del primer centenario del Natalicio del
maestro Don Pablo Livas. (1872-1972)

I

LA TIERRA Y YO

Yo vengo de la tierra
y hacia la tierra voy,
mi cuna,
una
semillita de amor,
meció sus alegrías
en hamacas de sol.

¡Mírame bien montaña
que tu hermano yo soy!
y tú, cacharro.
¡Mírame bien!
que de tu mismo barro
estoy hecho también;